

por su complexión recia, por su fuerza y por su integridad, que dan esa confiada seguridad que perciben los convecinos sintiéndose a gusto y seguros a su lado. En lenguaje de las Vegas, para entendernos, se podría decir que son hombres enteros, caballos padres que tranquilizan y realzan a la piara. Son ejemplares de raza.

Como su desarrollo es completo, aunque no sean muy grandes lo parecen, por la manera de conducirse y de ponerse. Recordar a Cristóbal Piñón, que siendo esbelto era un cuadrado geométrico perfecto. O al tío Frasco, en sentido esférico y los Caracos en lo largos. Recordar de todos las facciones, sus bocas, sus narices, orejas y labios, que todos le ganaban a Bocacántaro. Sus extremidades, sus pies y manos, grandes pero proporcionados a su torso bien formado.

Mas hacia nosotros, en la descendencia, se puede apreciar algo de lo que eran.

Antonio Frasco, más fantástico que Alonso Quijano, tenía en la boca la más pura sangre. Nicanor y Blas también la tenían grande y eran en la estatura más a su padre, pero la boca de Antonio no tenía nada que envidiarle, en cuanto a forma, porque luego, como fumaba a lo pastor, se le iba la saliva por alrededor, como también a Blas.

Otro hombre de éstos y además de acertado emparejamiento para los efectos biológicos, lo fue Tejero y la Manuela la Cantera, cuyos rasgos han sido bien ostensibles en todos sus hijos e hijas. También Casimiro el Calero. Y la tía Antoñona y la María Manuela y la Cayetana o las Cayetanas, la de la Posada y la de Casitas, con otras muchas notabilísimas. Eugenio el Moralo fue un ejemplar soberbio, aunque malogrado.

La persona que nos sugiere estas consideraciones que estimamos necesarias en el estudio del hombre alcazareño puro, anterior al trasiego ferrocarrilero, es Isidro Castellanos, sentado como un patriarca en el centro de la fotografía en la que le acompañan de izquierda a derecha y de arriba abajo, Andrés Castellanos Raboso, que era nieto, hijo de Bernardino, en segundo término Leoncio el de la Maquinilla, Leoncio Atienza Castellanos, también nieto. El tercero es Carabina el del aceite, Francisco Roperero, también nieto, hijo de la Nicanora y hermano de la Fortunata que se casó con Bonifacio Lucas; en cuarto lugar el tío Andrés, hijo del hermano Isidro, con su hijo Raimundo, nieto, y por último Francisco Atienza, nieto.

El chico de baberillo y boina de cascos que hay delante de Leoncio es su hijo mayor, Alfonso Atienza, el maquinista, con su abuela Margarita que era hija y el abuelo Isidro, tan ancho, su sobrina Pilara, madre del chatillo Oliva, aquél que vivió en el rincón de la Trinidad con portañilla a la calle Ancha, detalle que acredita el carácter secundario de esta calle en su formación. El niño que hay al final recostado en la Pilara, con otra boina de cascos como Alfonso, es Manuel el de los Osos, Manuel Atienza, hijo de Francisco y bisnieto de Isidro, como lo era Alfonso.

Todos están vestidos majos, señal de algún acontecimiento familiar. El hermano Isidro, ya viejo, llena la fotografía.

El aire de estos hombres, aún en la pobreza, es de esplendidez, de rumbo. Tienen una fachenda, natural y sencilla, convincente por lo espontánea, sin fanfarria. Su misma potencia les hace propicios a la